

JULIO ALEJANDRE

SEIS MIL LUNAS

PRÓLOGO

PEDRO ESCOBAR

A Felipa, que pudo cruzar el río.

PRÓLOGO

El relato corto es un género literario difícil y la prueba de ello es que no todos los grandes escritores se atreven con él. Algunos de los que han pasado con mayúsculas a la historia de la literatura como Boccaccio, Edgar Allan Poe o Jack London, sin menospreciar sus otras producciones, deben buena parte de sus lectores a sus magistrales relatos cortos.

Para escribir un relato corto hay que tener algo que contar, algo impactante, llamativo, inesperado o sorprendente, y la habilidad de contarlo sin imponer al lector una servidumbre de constancia y tiempo de la que seguramente no dispone y menos aún en estos días inciertos en los que vivir es un arte, como cantaban los Celtas Cortos. Y no es nada fácil reunir estos dos ingredientes.

Julio Alejandro reúne en sus *Seis mil lunas* estos dos ingredientes porque tiene muchas cosas que contar, sorprendentes, originales e inesperadas, y lo hace de tal forma que cada relato que empiezas no lo interrumpes doblando el pico de la página o recolocando el consabido separador. Te lo advierto, eventual lector: no dejarás el libro con una historia a medias, sea cual sea por la que te decidas.

De entrada, el título suena bien. Es sugerente y original y se hace necesaria una explicación ante la casi inevitable pregunta ¿por qué seis mil? Son muchas seis mil si tenemos en cuenta que en todo el sistema solar, contando las sesenta y tantas de Júpiter, otras tantas de Saturno, las veintitantas de Urano y todas las demás, apenas llegan a ciento cincuenta. Querido lector, es errónea esta línea de conjeturas, porque las seis mil lunas no tienen nada que ver con la Astronomía y todo que ver con la Cronología.

Es así que estas seis mil lunas, traducidas a las unidades de tiempo más convencionales, vienen a ser quinientos años, los mismos que los europeos cuentan desde «su descubrimiento» de América y que los amerindios cuentan desde la llegada de los hombres blancos y barbudos venidos desde el otro lado del mar. Quinientos años o seis mil lunas de dominación, de conquista, de saqueo, de mestizaje, de sustitución o al menos intento de asimilación de una cultura por otra, de una religión por otra, todo con la ayuda de Dios y de las armas, con la cruz y la espada.

Pero Julio no nos cuenta catorce historias de explotación e injusticias, de batallas perdidas en esa desigual lucha que viene desde hace ya más de seis mil lunas, sino catorce historias de personas concretas, de carne y hueso, perfectamente identificables, historias absolutamente creíbles porque son historias reales, sacadas de la América Latina de hoy, con todas sus lacras, sus vicios, sus esperanzas, su indomable búsqueda de una vida mejor, su interminable pelea, tantas veces perdida pero otras tantas veces recomenzada, para cambiar la historia.

Julio Alejandro despliega a lo largo de las historias que componen *Seis mil lunas* una sorprendente maestría en el uso de la lengua y se maneja con una enorme soltura en todos los registros narrativos.

Con absoluta fluidez y comodidad utiliza el estilo directo periodístico, la crónica viva de lo que ha presenciado y, si no hubiera sido testigo directo, la precisión con que ha recogido el relato de los que fueron protagonistas. La descripción que hace de la dramática travesía del río Lempa en *Tres días de marzo* es magistral y estremecedora. Pero con la misma habilidad narrativa utiliza

el estilo retrospectivo en la prolija narración que un campesino hace al juez explicándole la muerte de Chabelo, en *El novenario*, o contando desde un indeterminado presente, a toro pasado y con frecuentes y acertadísimos *flash back*, la azarosa vida de Erundina Guevara.

No obstante, aunque las historias son diferentes, el estilo cambiante y los protagonistas cada uno con unos rasgos propios muy definidos, hay algo que es muy homogéneo y que impregna inconfundiblemente todo el libro: es el lenguaje que se utiliza. El autor de las *Seis mil lunas* emplea un castellano muy latinoamericano, mestizo, evolucionado, fluido y preciso. No me parece exagerado afirmar que el término «lengua castellana» es demasiado estrecho ¡por muy ancha que sea Castilla!, para definir o describir la lengua que se ha ido creando a lo largo de estas seis mil lunas y en un ámbito geográfico en el que casi no se pone el sol.

Aunque seis mil lunas son muchas, no son suficientes para erradicar en la conciencia, en la voluntad y en la memoria de los pueblos de América Latina, el deseo de una vida mejor, el deseo de cambiar la realidad y de cambiar la historia. Puede que hagan falta otras seis mil lunas. No importa, las iremos contando e, igual que ha hecho Julio Alejandro, habrá otras plumas que lo escriban, otras memorias que lo cuenten, otras voces que lo canten.

PEDRO ESCOBAR

EL VÍA CRUCIS

Nos fuimos con lo puesto. Los que tuvimos más suerte pudimos salvar apenas lo que cabe en un saco. No es mucho, verdad. Y aun así, vieran lo pesado que se llega a hacer. Cuando hubo que elegir las cosas, a la carrera, no fue fácil decidirse. Nunca se sabe lo que nos puede hacer falta. Yo me llevé un par de cobijas, algo de comida para el camino, un lío de cabuya, una mudada de ropa y la poquita plata que había juntado de la venta del último maíz. Volados útiles. Pero las cosas del corazón, las que sustentan los recuerdos, se quedaron botadas; no nos parecieron lo bastante importantes en aquel momento. Solo después las echamos en falta, cuando ya hubimos puesto la vida a salvo. Cómo suspiramos por ellas entonces. Parece que nos han dejado un hueco, dentro del pecho, que no hay manera de llenar. Atrás se quedó la foto que yo guardaba de mis tatas, la única que se habían hecho, y ahora que la memoria me va fallando ya no recuerdo bien sus rostros: cierro los ojos e intento concentrarme, pero los veo cada vez más imprecisos. También dejé atrás unos dados de la suerte con los que gané la ternera que me pedía don Peto, el papá de la Julia, para poder juntarnos, y una crucecita de bambú que ella me regaló unas navidades, que velaba por nosotros y nos protegía desde su lugar en la pared. Todos esos objetos se perdieron y ahora somos una familia sin historia, sin historia y sin tierra. Por eso he querido regresar; por eso principalmente.

Nos ubicaron a todos en un llano alto y helado, todo el invierno soplando el norte, ese viento terco que le levanta a uno dolor de cabeza. Pero al menos allí, en el campamento, estábamos a salvo. Aunque todo escaseara, no faltaba nada de lo básico: los tres tiempos de comida, ropa para el que no tenga, cobijas para no aguantar frío, jabón y hasta café. Los viejos pasábamos los días sentados en unos bancos de madera, pulidos de tanta nalga como aguantaban, contando historias de aquí, recordando, mirando para la frontera. Los años se pasaban despacio, con esa tristeza que le anida a uno adentro, que no lo deja dormir ni descansar. ¿Qué va a hacer uno lejos de la tierra? Un campesino sin tierra no es nada. De pensar en morirme en el exilio se me iba la alegría. Así que mejor me regreso, les dije, qué tengo que temer allá si se fue la gente. No se vaya, tata, me pidieron los hijos, que también a usted lo van a matar. Pero no les hice caso y me vine.

Son varios días andando, una semana tal vez, o más. Atravieso páramos solitarios, hondonadas calientes y cerros helados, lejos de la gente y las patrullas. Uno está viejo, pero marchó despacio y sin miedo. Este camino es como un *vía crucis* íntimo que se sufre en carne propia: a cada nuevo paso que se avanza, uno reza para dentro, recordando. Igual que cuando salimos en huida, pero en sentido contrario. Han pasado solo unos años, pero a esta edad los huesos resienten mucho el paso del tiempo.

Al final está el río. Baja bravo. En esta época, que es de lluvias, las aguas revientan el cauce. Desde la orilla extranjera miro la propia; extranjera es un decir: la tierra es la misma, la gente también, solo un río que divide. Serán cien varas, doscientas lo más, pero no se puede cruzar. Ya no había barca ni cómo pasarse, así que me quedo un tiempo arrimado donde mi compadre don Lupe.

—Para allá vas, vos.

—Para allá voy —dije.

—Mejor vuélvase. A veces se presentan soldados del otro lado —me advierte— buscando gente refugiada.

Mi compadre siempre anda con miedos. Está delgado y seco. Se le ha pegado la piel a los huesos. La comadre no, ella está mero cholotona. Me han dejado dormir en la cocina, fuera de la casa, y se mete el agua cuando llueve. Cada día llueve más que el anterior, y el río más alto. La tierra se vuelve un puro lodazal y el aire huele a madera podrida y a moho.

Una mañana llega un hombre por el camino del pueblo con dos bestias.

—Yo lo ayudo a cruzar —me dice.

Y me pasó el río en las mulas, buenas nadadoras. Al llegar al otro lado se regresó.

—Tenga cuidado, mi amigo —me dijo—, porque en esta orilla nadie responde.

—No se apure —le contesto.

Todo está enmontañado, solitario. Crecen los árboles por doquier y las enredaderas que cuelgan de sus ramas tejen una maraña impenetrable, pero a cada paso que doy siento el olor de la bienvenida. Ahora estoy en mi tierra, alegre dentro de lo que cabe, porque lo que se perdió ya no se va a recuperar. La guerra, pienso, tan maldita para nosotros, ha sido en cambio un descanso para esta tierra casi esquilma por el hombre. La selva se extiende de nuevo, se come las veredas y los calveros y cubre las cicatrices que le hemos hecho. Los pozos brotan con fuerza y las quebradas bajan más llenas que nunca. Veo animales que ya tiempos se perdieron, venados, tepezcuintles, cusucos. Los frutos de la temporada desgajan los palos, de cargados que están. Hay lugares que parecen rescatados de la primera mañana de la Creación, lavaditos por el agua, fértil y olorosa la tierra, llena de trinos y de vida. Uno en este lugar no teme a nada, y puedo quedarme tan galán aguantando las estaciones con sus lluvias de lodo y sus sequías de polvo.

Pasa una patrulla de soldados y me encuentran en medio de la montaña. No son muchos, pero suficientes para turbar mi calma. Caminan con pasos de metal y llevan las caras ocultas. Detrás de las pinturas se esconden unos ojos manchados de vergüenza y miedo. Están sorprendidos por mi presencia y las bocas de los fusiles me interrogan en silencio, pero aquí solamente estoy yo, nadie más.

—No cargo nada —les respondo—, mis manos, mi pobre cacaxtle reseco y arrugado, estas ropas miserables y descoloridas.

Mientras hablo, pienso si no se habrán extraviado, si no serán las ánimas de aquellos que nos hicieron salir, que expían sus culpas en este purgatorio. No me dicen nada, nomás me regalan las miradas ardientes de los ojos ciegos.

Los veo partir, encorvados bajo el peso de sus mochilas, pero el encuentro me ha dejado cansado y vacío, con el cuerpo helado por un frío que se extiende de dentro para fuera, hacia la tarde caliente. No siento ganas de caminar ni de moverme. Mejor me hago una rosca y dejo que el sol me entibie tantito.

No sé cuánto tiempo he dormido, si han sido días o años, pero me despierto con el alma dolorida por un sueño largo y turbio que no recuerdo. Sé que he llorado, aunque no me queden lágrimas. Abro los ojos y miro entre el ramaje hacia el cielo de azul brillante.

Bajo el cerro buscando la quebrada de Los Pueblos, que tiene un remanso amplio, muy sombreado, donde las ramas de los arbolones en ambas orillas casi se tocan por encima de las aguas, y de entre todos sobresale un gran conacaste, alto y tan viejo como la vida, con la corteza

gris abultada por los músculos que le sirven para sujetarse a la tierra y mantenerse en pie. Por aquí siempre se les ha tenido miedo a los conacastes, dicen que la siguanaba se esconde en su tronco, que puede salirle a uno en la noche y llevárselo para no volver. Pero este lugar está siempre tranquilo y se puede descansar de la canícula en los días más calientes del verano. Alrededor del conacaste el suelo está cubierto de grandes piedras negras y redondeadas, sacadas del río. Cada piedra, con una cruz y un nombre, encierra el recuerdo de una persona. Las han ido dejando de a poquitos, una por cada quien de los que murieron en la huida, de los que se ahogaron en el río, de los que se enfermaron en el campamento, de los que se apagaron de tristeza o soledad. Y ahora me pertenece a mí poner nuevas piedras. Busco buenos cantos río abajo, grandes, redondos y oscuros, los cargo al lomo, les pinto una cruz blanca con un pedazo de cal, los marco con las letras y los coloco en su sitio. Yo no soy cura ni entiendo de religiones, pero si no siembro las piedras bajo el conacaste y las señalo cada cual con su nombre, ¿qué quedará de los que se fueron? ¿Quién guardará su memoria?

Debo continuar hasta la casa y buscar el lugar donde murió la esposa, para honrarla como es debido. Me la mataron entre las matas de huerta y allí mismo la enterré, con prisas, mirando por salvar la propia vida. Pero aún estoy lejos. Subo por el cerro de La Peña, buscando Los Talpetates; más allá están San Felipe y San Justo y al fondo la hondonada del Guamulepa. Se me va el tiempo en vagar entre las viejas trochas y perderme en ellas como si fueran un laberinto. Todavía algunas tardes se juntan nubes para traer la tormenta. Se oscurece la tierra y ruedan los truenos por el techo del cielo como rocas enormes, estallan los rayos con un traquido que revienta los tímpanos y cae la tromba con la fuerza de una venganza, pero a pesar de todo no me asusto. Yo levanto la cara para que se remoje este pellejo seco que cargo por máscara y abro la boca hasta desencajar las quijadas para tragar la lluvia que me sacia y que me limpia.

—Ay, viejo haragán, ya te quedaste sentado nomás por no moverte, pensando en babosadas, como has hecho siempre.

Se me hace como que es la voz de mi alero Arsenio López, que me persigue desde a saber cuándo fregándome con tonteras y carajadas. Por este rumbo sale una vereda que lleva a su ranchito y la sigo. Hay un potrero cerca y huele a zacate recién cortado. Me da hambre ese olor, como si yo fuera un caballo cansado. La casa parece entera. Yo le ayudé a Arsenio a levantarla. Tiene catorce hiladas de adobes y le incrustamos en ellos trocitos de teja pensando en repellarla un día, pero no se pudo, por la guerra. Delante de la casa veo a la Chica, su mujer. Me saluda como si nada, como si hubiéramos estado platicando ayer.

—Y Arsenio —le pregunto.

—Cortando zacate. Pase usted y siéntese.

La pared, al acercarse uno, se ve maltratada y vieja, igual que la puerta, que está desvencijada y bate loca con el aire. Adentro parece una ruina porque medio techo está hundido. A un lado, las costaneras podridas y las tejas rotas se amontonan en el suelo. En el otro lado está el fogón apagado y la Chica me sirve una vasada de café frío, pero lo siento tan rico como si estuviera recién cocido. Hay dos viejas sentadas en zancudos. Al principio no las vide. Quiero reconocerlas, pero no caigo en quiénes serán. Con esos ropones oscuros y los trapos en la cabeza, como si fueran evangélicas, es difícil atinar.

—Elpidito, hijo mío —me llama una de ellas.

Tiene la boca desdentada y la cara tan arrugada como la corteza del quebracho. A su lado yo parezco un jovenón de veinte años.

—¿No me reconocés, Elpidito?, soy la niña Brígida. Fijate vos —le comenta a la otra— que no me reconoció este hombre: si yo he jugado con él cuando era un chigüín.

—No te reconoció, ni tampoco a mí.

Yo estaba creído que se había muerto esta mujer; me ha parecido ver la piedra con su nombre bajo el conacaste.

La niña Brígida me responde al pensamiento; quizá sin darme cuenta he hablado en voz alta.

—Lo pasamos mal, hijo, tantos sufrimientos que hemos padecido que no te los podés imaginar. Pero aquí estamos, igual a vos. Esta de aquí es la Maximina, la que tenía el sacadero de guaro en Los Cóbanos, ¿no te acordás, Elpidito? Se vino con nosotros porque a su nieta la desaparecieron. La muchacha era muy bonita. Mucho, mucho. Una mañana fue al pueblo a comprar comida y algotras cosas, pero no regresó.

La Maximina tiene la piel pegada a la calavera y unos ojos tan perdidos al final de las cuencas que no logro vérselos. Y de nuevo debo haber pensado en voz alta, porque la niña Brígida me contesta.

—Está ciega, por eso no se los podés ver. Ya te he dicho que hemos vivido un calvario verdadero en esta tierra, hijo, han galopado los cuatro jinetes y todo se ha ido a la chingada.

La Chica me pone en la mano unas tortillas de maíz frías que las voy migando en el café y me las voy comiendo.

—Mi nana siempre ha sido muy fervorosa, Elpidio —me dice la Chica.

Yo también estoy sentado. Todos estamos sentados y parece que el tiempo, dentro de la casa, se ha vuelto espeso y no se mueve, pero cuando salgo afuera ya está avanzada la tarde. Arsenio no ha llegado aún, ha de estar cortando zacate en el potrero y otro día haré por verlo.

Ya ratos se ha levantado un norte enojado y violento que me empuja para adelante, me arrastra y me lleva para donde él quiere, zarandeándome como hoja caída. Cuando se calma me doy cuenta de que me ha robado el sombrero y me ha dejado el pelo sucio de polvo y alborotado. No sé bien dónde estoy.

—Aquí es la escuela.

También está medio destruida. Cuando empezó a ponerse fea la cosa, antes de que le cayeran las dos granadas de mortero que la dejaron así, se marcharon los maestros. Venían de la ciudad a hacer su trabajo, pasaban en el caserío de lunes a jueves, y el viernes se iban a buena mañana, en el camión del lechero.

A lo largo de los años varios maestros han pasado por esta escuela, más mujeres que hombres. Algunos echaron raíces y la gente les agarró cariño, bastante, casi como a un padre o a una madre. Imagínese, año con año enseñando a leer, primero a los tatas y después a los hijos, cómo no los íbamos a querer. Hasta las paredes les aprendieron las voces. Si uno sabe escuchar, aún puede oírlas resonando entre las ruinas. Esta aula era la de don Mario, que perdió la vista de tanto leer a la luz del candil, y aquella la de la niña Martita, que se casó con el finado Tobías. Pero la guerra los echó. Primero a los maestros y después a la propia gente. Se quedó vacía la escuela, igual a la tierra. Ya no hay niños.

—No, ahorita no.

Pero está bien cuidada. Alguien ha levantado el cerco por donde estaba botado, para que no se entren los animales, ha chapodado las malas hierbas y reparado el corredor, que está limpio y bien barrido. De las vigas cuelgan macetas hechas con viejas latas de aceite que lucen flores

de colores vivos para alegrar la mañana. También han sembrado unos palitos de madre cacao en el patio; ahora están raquíticos y se cimbrean con el norte, pero ya crecerán.

—¿Y usted es maestro?

—Soy el cuidandero.

Este hombre no es de aquí, a saber de qué rumbos habrá venido. Está anciano como yo, pero más delgado, maltratado por la vida quizá. Se cubre con un sombrerillo de paja tan destrozado como la escuela. Está fabricando con costaneras, clavos viejos y trozos de lámina unas puertas hechizas para colocar en los vanos, y después quiere reparar los pupitres.

—La escuela está abandonada —le digo—, no hay nadie.

—Algún día tienen que volver.

Seguro, no hay guerra que cien años dure y esta tierra, que ahora está vacía y desolada, un día volverá a llenarse de gente, como dice el hombre de la escuela. Yo ya estoy aquí, alegre, porque un campesino necesita de la tierra; sin ella, no es nada. La recorro de punta a cabo con mis pies viejos y sucios del polvo de cien senderos y otros tantos caminos, un polvo que se ha incorporado a la piel y no hay tales de quitárselo por más lavados que me pegue, ni que la frote con piedra pómez.

Y al final de este vagar sin tiempo está mi casa, que me está llamando, me jalonea de los costados y me susurra en los oídos. Está derruida y no quedan en pie más que unas paredes. Quizá la incendiaron o hicieron fuego dentro, porque se ve el carbón incorporado a la tierra, aunque la haya lavado la lluvia. Todo está cambiado pero reconocible. El piñal ha crecido mucho, lo mismo que el monte entre los palos de arrayán y de zapote. No tienen fruto porque no es la época, pero más adelante ya se verá. El cerco de palos de jiote, que recién había levantado antes de la huida, está brotado.

Aunque esté caída y ruinosa, la ocupo igualmente. Galán se duerme en el suelo, cubierto uno con la cobija de estrellas y los sonidos del monte. No voy a arreglar la casa, porque no se puede recuperar el pasado; solo quiero que estas viejas manos se pongan a trabajar, que les salgan callos, pues; exprimir este cuerpo gastado trabajando la tierra. En la parte de atrás hay un plan que quiero desyerbar para después sembrar la milpa con semillas nuevas. Más allá, entre las matas de huerta, intento buscar el lugar donde cayó la esposa, pero no he hallado la cruz ni el túmulo. Después de tanto tiempo, es natural. Pero quizá me ha engañado esta memoria traicionera, pienso, y su muerte nomás la soñé. Quién sabe, si me estoy aquí y no me alejo tal vez la vea llegar por la vereda que viene de la poza.

Está bonita aún, no se le han caído las chiches y se mueve ligera. Lleva el cántaro en la cabeza, sobre el yagual, y los brazos apoyados en las caderas. Camina con esa gracia suya, única, como una llama movida por el aire, que hace enmudecer a la montaña. Como cuando era muchacha y me buscaba con el diablo en el cuerpo, y también yo la buscaba a ella. Me ve y se sonríe, se detiene a mi vera pero no apea el cántaro. Conserva el pelo muy negro, aunque la piel está llena de arrugas en las que uno puede leer como en un libro. Las hay de cansancio, de soledad y de dolor: esa tan vertical que está en mitad de las dos cejas le quedó del día que murió su nana, pero también hay arrugas de alegría y, ahora que platicamos, se le marcan en las comisuras de la boca, en el hoyuelo del camanance. Me mira directo a los ojos, como ha hecho siempre, y me platica aunque no mueva los labios, que ya están resecos. Cuesta creer que sean los mismos labios que tantas veces besé. Tampoco los míos, viejos y borrados, son los mismos. Han perdido la costumbre de besar y de hablar palabras de amor. Pero las platicamos ahora, por los años

perdidos; las mías tienen sonidos y las tuyas son mudas. Detenidos en la vereda se ha venido la noche y otra vez la mañana, y más noches con sus mañanas porque hace falta mucho tiempo para desquitarnos del silencio y el desamor que cargamos encima. La veo partir con el cántaro sobre el yagual, ondulando el cuerpo con galanura, y su figurilla se empequeñece más y más hasta desaparecer detrás de la loma.

Me paro en medio de la vereda y veo la sombra que proyecta en ella mi cuerpo reseco. Tanta desolación, pienso, para qué ha servido. Este caminar por la tierra, esta existencia dura y sufrida que hemos llevado, adónde nos conduce. No sé cuánto tiempo llevo aquí, pero no hay prisa, me gusta pasar el rato mirando a lo lejos, a los cerros tan bonitos que les enseñan los dientes al cielo, a la montaña verde y al aire que tiembla con el calor. Enfilo nuevamente la vereda y sigo andando, pero me doy cuenta de que no soy yo quien hace la vereda, sino ella la que me hace a mí, la que me ha estado haciendo desde siempre.

(Relato ganador del V certamen nacional de relatos cortos Zenobia, Moguer, Huelva)